

Sendas lonjas de salmón
Y alguna pintada trucha.
Ni ha de faltarnos tampoco
La sevillana aceituna,
Y entre el ave y el marisco,
Y entre el fiambre y la fruta,
Alternarán con el jugo
De las jerezanas uvas
El exquisito Burdeos
Y el *Champañ* de blanca espuma.
Naz. Alabo la previsión
Del señor conde.
Conde. Es muy justa.
Quien viene á un baile de máscaras,
Y baila, y trajina, y suda,
Y no cena, es para mí
La más triste criatura...
Naz. Es cierto; sin *gaudeamus*
No hay diversión más insulsa.
Conde. Sólo siento no tener
La incomparable ventura
De que se siente á mi mesa
Cierta máscara...
Naz. ¡Hola! ¿alguna
Conquista?...
Conde. No; aun no hay motivo
Para que usted me atribuya
Un triunfo que me alzaría
Á las celestes alturas;
Porque mis ojos no han visto
Ni espero que vean nunca
Un rostro más hechicero. —
Ayer de cierta andaluza
Dije lo mismo; pero ¡ésta!...
¡Qué quiere usted!... Es la última
Del catálogo.
Naz. ¡Ya! es claro...
Y, aunque sea mi pregunta
Indiscreta, ¿sabe usted
Su nombre, estado y alcurnia?
Conde. Á esta fecha, amigo mío,
De todo eso estoy á oscuras.
Naz. ¡Ah! ¿es conocimiento nuevo?...
Conde. Sí; de esta noche. Por una
Casualidad muy extraña...
Naz. Usted siempre va á la husma,
Y no es de admirar...
Conde. La niña
Estaba á su padre adjunta,
Y no me pude explicar...;
Pero tendré coyuntura
De hacerlo...
Naz. ¡Cáscaras! ¿Cita?
Conde. ¡Sí!
Naz. ¡Bravo!
Conde. Pero no suya.
Naz. Pues ¿de quién?
Conde. De su papá.

Naz. Ó ese papá es muy ganzúa
Ó no entiendo...
Conde. Diré á usted...
Pero antes que yo le instruya
De todos los pormenores,
Sepamos si aquella chusca
Serrana...
Naz. ¡Ay, conde!, la he visto
Y es un pasmo de hermosura.
Y es real y positiva
Mi divinidad presunta.
Ya, vencida de mis ruegos,
Con aquella mano pulcra
Me mostró su linda cara
Sin la careta importuna.
¡Soy el hombre más feliz!...
Conde. Sea en buen hora. Y, sin duda,
Ya sabrá usted...
Naz. Que es un ángel
Y que mi amor no rehusa,
Pero en cuanto á lo demás,
Me tiene tan en ayunas
Como antes.
Conde. ¡Bah! no es posible...
Naz. ¡Sí tal!
Conde. Usted disimula...
Naz. No. En prueba de mi franqueza
Le diré á usted si me escucha
Cuanto ha pasado...
Conde. Primero
Quiero yo contar mis culpas. —
Pues, señor, estando yo
En el ambigü de chungu
Con unas máscaras, llega
Por medio de aquella chusma
Un mozo y me da una carta
Anónima que me anuncia...
*(Baja don Alejo por la escalera dando el
brazo á Rufina, la cual lleva cubierto su
traje de china con un dominó negro, y
los dos desaparecen en seguida por la
derecha del foro.)*
Naz. Allí viene don Alejo.
Mucho temo que interrumpa
Nuestro coloquio...
Conde. ¿Qué importa?
Es amigo... ¡Hola! y se busca
La vida. Lleva una máscara
Del brazo..., y ya es la segunda.
*(Vuelven á aparecer don Alejo y Rufina.
El conde y don Nazario hablan en voz
baja, y en sus ademanes indican que se
chancean á costa de don Alejo.)*

ESCENA II

EL CONDE, DON NAZARIO, RUFINA,
DON ALEJO

(Hablan aparte don Alejo y Rufina.)
Alejo. ¡Nada! Ni viva ni muerta
Parece.
Ruf. Sin duda alguna,
Mientras entramos por una
Sale ella por otra puerta.
Alejo. Te esperaba; ya lo dije,
Pero te entré comezón
De bailar un rigodón
Conmigo...
Ruf. ¿Y eso te aflige?
Alejo. No tal. (Con cada pirueta
Me daba un lesnazo.)
Ruf. ¿Qué?
Alejo. Pero entretanto se fué...
Ruf. ¿Por qué no se estuvo quieta?
Alejo. El deseo de encontrarte...
Ó si ha visto á su marido,
Temerosa se habrá ido...
Ruf. No.
Alejo. Pues ¡si en ninguna parte...!
Ruf. ¡Irse sola!... Fuera en ella
Extraña resolución...
Pero en tanta confusión
Es fácil perder su huella.
Alejo. ¿Y podrá dar con Rufina
No sabiendo como yo
Que te has puesto un dominó
Sobre el vestido de china?
Ruf. Si yo la veo, es igual.
Alejo. Ya. — Pero ¿por qué mudaste
De disfraz?
Ruf. Saber te baste
Que yo me entiendo.
Alejo. Sí tal. —
Ella también, la capucha
Convirtiendo en capuchón...
Ruf. Entiendo. Así á prevención
Mandó hacer el traje... Escucha :
Para dar mejor con ella
Separémonos los dos.
Alejo. Dices bien. (¡ Gracias á Dios !)
Ruf. Quédate...
Alejo. (¡ Feliz estrella !)
Ruf. Por si baja por aquí
Mientras la busco otra vez
Arriba...
Alejo. Aunque sean diez.
Ruf. ¡Ah!... Mira; el conde está allí...
Alejo. Bebiendo con el Narciso...
¡Oh, marido sin segundo!

Ese hombre no está en el mundo.
Ruf. Pues ¿dónde?
Alejo. En el paraíso.
Ruf. Llégate á ellos... Indaga...
Alejo. Sí : en eso estoy.
Ruf. Hasta luego.
(Se retira por la escalera.)
Alejo. ¡Adiós! — Estoy sin sosiego.
Me temo una noche aciaga.
*(Se acerca adonde están el conde y don
Nazario.)*

ESCENA III

EL CONDE, DON NAZARIO, DON ALEJO

Alejo. Señores...
Conde. ¡Oh, don Alejo! —
¡Muchacho! *(Llamando.)*
Usted es el hombre
Del baile.
Alejo. ¡Yo!
Naz. Vaya; ¡dos
Conquistas en una noche!
Alejo. Ustedes se burlan. Eso
Se queda para los próceres.
No soy yo tan venturoso...,
Ni tan libertino...
Conde. Ponche.
(Á un mozo que llega.)
(Vase el mozo.)
Naz. Toma asiento y no nos vengas
Ahora echándola de monje.
(Se sienta don Alejo.)
Conde. Aun nos dirá que la prójima
Que le llevaba á remolque
Es su mujer.
Alejo. No, señor.
(Lo negaré, por si forte.)
*(Vuelve el mozo con un vaso de ponche, lo
deja sobre la mesa al lado de don Alejo
y se retira.)*
Pasatiempos inocentes,
Transitorios...
Conde. ¡Bah! Entre jóvenes
Debe reinar la franqueza.
En suprimiendo los nombres
Todo se puede decir,
Y aquí que nadie nos oye...
Para que se anime usted
Con mi ejemplo...
Alejo. ¡ Señor conde!...
Conde. Prosigo la relación
De mis nacientes amores,

Que cuanto vimos á usted
La interrumpí... No sé dónde.

Naz. En el anónimo.

Alejo. (¡ Cielos !)

Conde. Creyendo ser el Adonis
De alguna Venus incógnita
Que prendada de mi porte
Quería por aquel medio
Establecer relaciones
Conmigo, tomo con ansia
La epístola, rompo el sobre,
Leo... Figúrense ustedes
Cuál debió de ser entonces
Mi sorpresa. En el anónimo
Me decían...

Alejo. (¡ San Onofre !)

Conde. Que había venido al baile

Mi mujer...

Alejo. (Me dan sudores.)

Conde. Usted quizá no sabría

(*A don Nazario.*)

Que soy casado.

Naz. No.

Conde. (¡ Enorme

Calamidad ! — Pues lo estoy

Desde los piés al cogote

Dos años ha; y, según dicen

Los pocos que la conocen,

Es muy linda mi mujer;

Pero, al cabo..., ¡ qué demontre !...

Es mi mujer.

Alejo. (¿ Qué diría

Si tuviera por consorte

Á Rufina !)

Conde. Como siempre

Muy temprano se recoge,

Porque la resignación

Es la mejor de sus dotes,

Y nada me había dicho

De valsos y rigodones,

Confieso que me alarmó

La tal noticia; y fué doble

Mi inquietud cuando leí

Que andaba por los salones

Coqueteando con un *quidam*...

No me decían su nombre...

Alejo. (¡ Respiró !) ¿ Quién hace caso

De anónimos? ¿ Qué alma noble

Los emplea? Si uno dice

La verdad, mienten catorce,

Y es prudente...

Conde. Yo lo hubiera

Despreciado; mas...

Alejo. (¡ Oh torpe

Ceguedad !)

Conde. Como me daban

Tan minuciosos informes

Del disfraz de la culpable...

Era el siguiente.

Alejo. (¡ San Cosme !...)

Conde. Un dominó...

Alejo. Deje usted
(*Interrumpiéndole.*)

Inútiles digresiones,
Y al grano. ¿ Qué nos importa
El traje? Esos pormenores...

Conde. Furioso y desatinado,
Que, aunque en los tiempos que corren

Los celos de los maridos

Se llaman preocupaciones,

Á mí por gracia de Dios

Me han vaciado en otro molde,

Indago, inquiero, pregunto,

Atisbo por los rincones,

Y al fin de manos á boca

Doy con la reo y su cómplice.

Naz. Con que ¿ era cierto?...

Conde.

El galán

No era un elegante joven

Como yo me imaginaba,

Sino un figurón disforme...

Esto es lo que me llegó

Más al alma. Á tales golpes

De fortuna yo sé bien

Que se arriesgan más de doce.

Darme un sustituto..., vaya,

Mas ¡ semejante armatoste !...

Confiese usted, don Nazario,

Que eso no estaba en el orden.

Sin ser ya dueño de mí...

¡ Aquí entra lo bueno !

Alejo. (¡ Pobre

Señor !)

Conde. Contra la individua

Prorrumpo en quejas atroces

Y pido satisfacción

Con pistola ó con estoque

Al odioso cirineo.

¡ Aquí fué Troya ! Á mis voces

Se sobresalta la niña,

Se desmaya, la socorren;

Le desatan la careta

Por temor de que se ahogue;

Sobre ella entonces fulmino

Unos ojos que... ¡ ni Herodes !...

Y veo con inefable

Placer que aquellas facciones

No eran las de mi mujer,

Sino otras... ¡ mucho mejores !

Alejo. ¡ Venturosa peripecia !

¡ Yo tenía una anagnórisis... !

Naz. ¿ Es posible?...

Alejo. ¡ Vea usted

Á un ciudadano en el borde

Del abismo por un vil

Anónimo !

Conde. Mil perdones

Pido á mi máscara hermosa,

Que mis disculpas acoge

Con indulgente bondad.

Después mi suerte dispone

Que salve yo de las garras

De un hato de monigotes

Á su papá...

Naz. ¿ Era papá

El prójimo?

Conde. Sí, señores;

Al menos con ese título

Fué interpelado el buen hombre.

¡ Y qué pasta angelical

Anuncia su *coram vobis* ! —

Determinan recogerse,

Les acompaña hasta el coche,

Y al despedirme galante

Del susodicho y su prole

Me ofrece su casa...

Alejo. (¡ Malo !)

Conde. Cuyas señas...

Alejo. (¡ *Pater noster* !)

Conde. Me reservo.

Alejo. (¡ Ah ! sea Dios

Loado.)

Conde. No hay en el orbe,

Desde Cádiz á Manila

Y desde Méjico á Londres,

Hombre más feliz que yo.

Mañana...

Naz. Ya se supone;

Irá usted de punta en blanco

Á visitar á su Cloris.

Conde. Por supuesto. ¡ Oh quién pudiera

Adelantar los relojes

De todo Madrid !

Alejo. Ahora

Ya no verá usted visiones

Ni acusará á la inocente

Condesa...

Conde. Ya no. La pobre

No merece...

Alejo. No por cierto.

Conde. Tan virtuosa, tan dócil...

Alejo. ¡ Una santa ! Y es preciso

Tener el alma de bronce

Para...

Conde. Cierto. Ahora estará

Sobre mullidos colchones

Durmiendo el sueño del justo.

Alejo. Sí. (¡ Oh maridos alcornoques !)

Conde. Yo ya concluí mi historia.

Ahora á usted le toca; con que...

Naz. Voy á contarla.

Alejo. (Y yo vuelvo

Á temblar como el azogue.)

Naz. El ignorado planeta

Que, aunque la corte me tilde

Como satélite humilde

Á su influjo me sujeta,

Sin que yo me dé razón

De si esta locura mía

Es amante idolatría

Ó ciega fascinación,

Me había dado una cita

Para este baile...

Conde. Ya sé...

Naz. Pero así..., á la buena fe

Sin darme seña maldita.

No obstante, una amiga suya

Que nunca la desampara

Y á quien no he visto la cara

Jamás...

Alejo. (¡ Yo sí ! ¡ Qué aleluya !)

Naz. Me envió á decir ayer,

Sin anuencia de mi bella...,

Ó bien de acuerdo con ella,

Que todo pudiera ser...

Conde. Creo lo segundo.

Alejo. (¡ Ay, éste

Se clava !)

Naz. El traje adoptado

Por mi duende idolatrado.

Un dominó...

Alejo. Azul celeste.

(*Interrumpiéndole.*)

Naz. No tal; de color...

Alejo. Azul

¡ Si lo sé yo ! ¡ Si lo he visto !

Adelante. (¡ Jesucristo !...)

(*Asoma la condesa por la escalera con el*

capuchón azul echado sobre el dominó

encarnado.)

Naz. Pero, hombre...

Alejo. ¡ Calla, gandul !

Naz. Te digo que el dominó...

Alejo. ¡ Oh qué porfia ! (¡ Se pierde !)

¿ Querrás decir que era verde?

(*En este momento la condesa adelantán-*

dose algunos pasos finge toser para lla-

mar la atención de los tres amigos. Todos

ellos vuelven la cabeza.)

Alejo. (¡ Ah !)

Conde. ¡ Hola !

(*La condesa llama con la mano.*)

Naz. ¿ Á mí?

(*Señal afirmativa. Don Nazario se levanta*

al momento y sale al encuentro de la con-

desa.)

Alejo. (¡ Se salvó !)

(*Hablan en voz baja la condesa y don*

Nazario.)

ESCENA IV

LA CONDESA, DON NAZARIO,
EL CONDE, DON ALEJO

Alejo. ¿Lo ve usted? Azul celeste.

Conde. En efecto.

Alejo. Cuando yo
Digo una cosa...

Conde. ¿Quién sabe

Si las damas serán dos?...

Alejo. Puede. Yo le vi con otra

Que llevaba un capuchón

Así, como... verdegay...

Conde. ¡Oiga! ¿Con que...?

Alejo. Sí, señor.

(*Siguen hablando en voz baja.*)

Naz. Buscaremos á esa amiga.

¿Quieres darme el brazo?

Conde. No.

(*Á media voz.*)

Ya es inútil. Necesito

Retirarme. Por favor...

Puede peligrar mi vida

Si al instante no me voy.

Naz. Pero, hija mía...

Conde. Mi coche

Vendrá á las tres...

Naz. Bien...

Conde. Y son

Las dos y cuarto... Si tú

No me buscas otro, soy

Perdida.

Naz. ¡Oiga! algún celoso...

Pero ¿hablas de veras, ó...?

Conde. ¿No me ha conocido usted

Todavía?

Naz. ¿Cómo...?

(*La condesa, guardándose de que el conde
la vea, levanta un poco la tela azul que
cubre el dominó.*)

¡Oh Dios!

Voy volando.

(*Vase precipitadamente por la puerta de la
derecha.*)

ESCENA V

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE

Conde. (Me retiro...

Pero tiempo no me dió

Para decir dónde espero

Su vuelta, y si aquí me estoy...)

Conde. ¡Mascarita!

(*Acercándose.*)

Alejo. (¡No ganamos

Para sustos!)

Conde. ¡Oye!

Alejo. (¡Atroz

Conflicto!) Déjela usted.

(*Al conde.*)

Cada quisque...

Conde. (Si huyo, doy

Que sospechar...)

Conde. ¡No responde!

¿Eres muda?

Conde. (¡Ea, valor!)

Nada de eso, mas no tengo

(*Con voz fingida.*)

Gana de conversación.

Alejo. ¿Oye usted? Tiempo perdido...

(¡Qué bien disfraza la voz!)

Vámonos al ambigú,

Ó á bailar un rigodón...

Conde. No temas nada, que es ley

(*Á la condesa.*)

Para todo hombre de pro

Respetar la propiedad

De sus amigos.

Conde. (¡Traidor!)

Alejo. (Más valiera que guardases

La tuya.)

Conde. Y si hay precisión

De que os ayude á burlar

Á algún marido feroz,

Contad conmigo. Mañana

Le pediré igual favor...

Entre sastres, como dices

Aquel adagio español,

No se pagan las hechuras

Conde. (¡Pérfido!)

Alejo. (¡Dios de Jacob.

No le castigues!)

Conde. Mil gracias;

Pero es errada opinión

La que has formado. No existen

Entre don Nazario y yo

Las estrechas relaciones

Que piensas.

Conde. ¿Te da rubor

Confesarlo? Pues á fe

Que es un mozo como un sol

Don Nazario.

Alejo. (¡Todavía

Le va á suplicar por Dios

Que le adore!)

Conde. ¡Ah, ya está aquí!

ESCENA VI

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE,
DON NAZARIO

Naz. No hay ningún coche simón.

De los demás no podemos

Disponer...

Conde. ¿Y mi landó?

Sírvete de él, mascarita,

Y lo tendré á mucho honor.

Conde. No; mil gracias.

Alejo. (¿Esto más?)

Conde. Si entre un par estorba un non,

Por eso no hay que apurarse.

Os iréis solos los dos.

Conde. No, no; esperaré... (¡Dios mío!)

Conde. Yo no había hecho intención

De retirarme del baile

Hasta que diera el reloj

Las ocho de la mañana.

(*Asoma por la escalera Rufina.*)

Naz. Acéptalo sin temor.

Es de un amigo...

ESCENA VII

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE,
DON NAZARIO, RUFINA

Ruf. (Allí está.)

(*En el foro.*)

(*Se acerca á la condesa.*)

Conde. Lo ofrezco de corazón,

No por mero cumplimiento.

Alejo. (¡Mi mujer!)

(*Rufina tira de la ropa á la condesa.*)

Conde. ¡Ah!...

Ruf. Escucha.

(*En voz baja.*)

(*Hablan aparte.*)

Conde. Voy,

Voy á mandar que lo arrimen.

(*Vase par la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO,
DON ALEJO

Naz. Extremado es el pudor

De mi dama.

Alejo. Sí; en efecto...

Naz. Mas ¡calle! ese dominó...

Alejo. ¡Chit!...

Naz. Tu querida...

Alejo. (Esta noche

Me va á dar un torozón.)

(*Hablan aparte don Nazario y don Alejo.*)

Conde. Mejor es irnos á pie.

(*Aparte con Rufina.*)

Ruf. ¡Lindo! ¡Y coger un dolor

De costado! Con negarte

Á aprovechar su atención

Acaso recelará...

Conde. Es verdad. — Confusa estoy...

Peroirme en su propio coche...

¿No consideras...?

Ruf. Mejor.

Así no podrá seguirnos.

ESCENA IX

LA CONDESA, RUFINA, DON ALEJO,
DON NAZARIO, EL CONDE

Conde. Vamos. Toribio arrimó...

Ruf. ¿Hay asiento para cuatro?

Conde. Sí.

(*Rufina toma el brazo de don Alejo.*)

¿Qué es esto?

Ruf. Pues; *allons!*

Conde. ¡Ah! ¿es esta...?

(*Aparte con don Alejo.*)

Alejo. (¡Misericordia!)

Conde. ¿La de antes?...

Alejo. Sí; salvo error.

Conde. Es la amiga á quien buscaba.

(*Aparte con don Nazario.*)

Naz. ¡Ah!...

Conde. Mas, por lo visto, son

(*Á don Alejo.*)

Amigas esta y aquella.

Alejo. Mas que amigas.

Conde. ¡Hola!

Alejo. ¡Oh!

Son hermanas.

Ruf. Ea, vamos...

(*Tirando de su marido.*)

Conde. ¿Con que...?

Ruf. ¿Qué haces tú?

(*Á don Nazario.*)

Alejo. (¡Gran Dios!...)

Ruf. Da el brazo á tu dama.

Naz. ¿Quieres...?

(*Ofreciéndolo.*)

Cond. (Voy temblando.)
 Alejo. *(Tomándolo.)*
Acá inter nos...
(Al conde al oído.)
 (Le deslumbraré.) Vinieron.
 Anteayer de Badajoz...
 Conde. ¿De veras?
 Alejo. Son hijas de un...
 Comisario ordenador...
 Ruf. ¡Vaya, andad!
 Naz. ¡Abur!
(Saliendo con la condesa por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

EL CONDE, RUFINA, DON ALEJO

Conde. ¡Buen viaje!
 Alejo. ¡Abur! ¡Ah! Metido yo
 Sin comerlo ni beberlo
 En una conspiración
 Contra el gremio...!
 Ruf. Ven...
 Alejo. ¡Dios mío!...
¡Te rogamus: audi nos!

ESCENA XI

EL CONDE

¡Qué ufanos irán los cuatro,
 Y cómo su suerte envidio
 Yo que en tanto me fastidio
 Sin la bella que idolatro!
 ¿Qué hago yo, en qué me divierto,
 Si ya olvidarla no sé,
 Y desde que ella se fué
 Creo estar en un desierto?
 El baile que al hombre enerva
 Me aburre; ¿y qué placer hay
 En el tiple guirigay
 De esa chillona caterva?
 Á las mesas no me arrimo
 Donde robando se juega.
 Ni la codicia me ciega,
 Ni gusto de hacer el primo.
 Irme á mi casa primero
 Que el alba dore las cumbres...
 Es alterar mis costumbres
 De buen marido... soltero.
 ¿Y á qué? Sin pegar los ojos
 Me tendrá la ausente dama,

Y me pinchará la cama
 Como si tuviera abrojos. —
 Mas ¡qué necio! ¡Paso pena
 Porque el nuevo día tarda,
 Y el cocinero me aguarda
 Con una opípara cena!
 Matememos el importuno
 Tiempo... Buscaré un amigo
 Que quiera cenar conmigo...
 No lo excusará ninguno.
 Y el gasto ya no lo ahorro;
 Que hecho estaba á prevención.
 Busquemos en el salón
(Vuelve don Nazario trayendo en brazos á la condesa desmayada.)

ESCENA XII

EL CONDE, LA CONDESA,
DON NAZARIO

Conde. Pero ¿qué es esto?
 Naz. ¡Socorro!
 Conde. ¡Don Nazario!
 Naz. ¡Ah, señor conde!
 Un vuelco... Cerca de aquí...
 ¡Señora!... ¡Triste de mí!...
 Conde. Sentémosla...
(La sienta en una silla.)
 Naz. ¡No responde!
 Conde. ¡Vaya, que es percance!...
 Naz. ¡Mozo!
(Llamando.)

Pero tardará una hora...
 Iré yo mismo...
(Vase por la izquierda del foro.)

ESCENA XIII

EL CONDE, LA CONDESA

Conde. ¡Señora!...
 ¡Qué breve ha sido su gozo!
 ¿Quién á tan alegre fiesta
 Tal fin pronosticaría? —
 Mas ¿cómo está todavía
 Con la carátula puesta?
 Con la prisa y la zozobra
 Nazario no lo advirtió.
 Fuerza es quitársela yo...
 Ea, manos á la obra.
(Quita la careta, á la condesa.)

La necesidad me obliga...
(La reconoce.)
 ¡Cielos!
(Llega don Nazario con un vaso de agua.)

ESCENA XIV

EL CONDE, DON NAZARIO,
LA CONDESA

Naz. Y el agua está aquí...
 Conde. ¡Infames! ¡Burlarme así!...
 Naz. ¡Qué escucho!
(Dejando el agua sobre una mesa.)
 Conde. ¡Villana intriga!...
 Mas caísteis en la red.
 Naz. ¿La conoce usted acaso?
 Conde. Al verla en ira me abraso,
 ¡Y me lo pregunta usted!
 Naz. ¡Es su mujer! ¡San Fulgencio
 Nos ampare!
 Conde. Á esa pregunta
 Respondo yo con la punta
 De una espada.
 Naz. Yo...
 Conde. ¡Silencio!
 Naz. Yo no sabía quién era...
 Conde. No hay disculpa á tal agravio.
 Naz. Pero...
 Conde. ¡Selle usted el labio!
 Naz. Pero ella... Antes...
 Conde. ¡Que se muera! —
 Elija usted...
(Llevándose á don Nazario lejos de la condesa.)

Conde. *(¿Dónde estoy?)*
(Volviendo en sí, sin advertirlo los otros interlocutores.)

Conde. Un padrino...
 Conde. ¡Ah! ¡Un desafío!...
(Viendo al conde y á don Nazario.)

Conde. Que se entienda con el mío
 Mañana.

Conde. ¡Perdida soy!
 Naz. Lances de honor ¡oh fortuna!
 Nunca excusé.

Conde. Bien. El duelo
 Ha de ser á muerte.
 Conde. ¡Cielo!
(Se vuelve á desmayar.)

Naz. ¿Cuándo?
 Conde. Mañana á la una. —
 Ahora, pues con nudo casto
 Himeneo nos unió,

Fuerza es socorrerla...
(Toma el vaso y rocía con agua el rostro de la condesa. Don Nazario se dispone á ayudarle.)

¡No!
 Retírese usted. Yo basto...
 Naz. Vengue usted en mí su ofensa,
 Aunque, en verdad, no es tan grave,
 Señor conde, ¡Dios lo sabe!
 Como usted acaso piensa;
 Pero yo exijo á mi vez
 Que respete usted la vida
 De una mujer desvalida...

Conde. Usted no ha de ser su juez.
 Naz. El estado en que la veo...
 Conde. Ni su médico tampoco.
 Naz. Si cruel...

Conde. ¿Estoy yo loco?
 Naz. Es inocente...

Conde. Lo creo. —
 Ni en tan frágil enemigo
 Saciara yo..., ¡qué rubor!
 Mi vengativo furor.

Naz. ¡Conde!
 Conde. De veras lo digo.

Mas al que tuvo la audacia,
 Con buena ó mala ventura,
 De codiciar su hermosura,
 Cara le saldrá la gracia.

Naz. Repito...
 Conde. ¡Basta! ¡Aprended
 Maridos!

Naz. ¿Ha vuelto ya?
 Conde. No, señor; ni volverá
 Mientras no se vaya usted.
 Naz. Confiado en la formal
 Palabra...

Conde. Sí; le reitero.
(Le da la mano.)

Palabra de caballero
 Y de enemigo leal.
(Don Nazario se retira por la escalera.)

ESCENA XV

EL CONDE, LA CONDESA

Conde. No vuelve de su accidente. —
 Yo le juro al don Nazario...
(Vuelve á rociar el rostro de la condesa.)
 ¡Nada! ¡Será necesario
 Pedir socorro á esa gente! —
 Y no ha mucho le decía.
 Ahogando en ponche la sed:
 « Simpatizo con usted... »

¡Qué estúpida simpatía! —
 ¡Pues, digo, la recoleta
 Cuya virtud celestial
 Yo admiraba...! ¡Que dé tal
 Osadía una careta! —
 Está visto; ya no hay fe
 En las mujeres; maldita. —
 ¡Adela! — Está más bonita
 De lo que yo imaginé. —
 ¡Lo que es el hombre! Mejor
 Me parece hoy siendo falsa
 Que ayer... Faltaba la salsa
 De los celos á mi amor. —
 Cogida está en el garlito;
 Pero yo di la ocasión
 Y... bailar un rigodón
 Quizá es todo su delito. —
 Mas ya se han visto otra noche.
 El peligro era inminente.
 Si tan oportunamente
 No acierta á volcar el coche...
 Otra vez me enciendo en ira;
 Otra vez el acicate
 Del honor... Su pecho late...
 ¡Adela...! Si; ya respira.
 Cond. ¡Ah!... Yo fallezco...
 Conde. (¡Traidora!)
 Cond. ¿Quién...? ¡Es el conde! ¡Gran
 Dios!...
 (Levantándose.)
 Conde. Solos estamos los dos.
 Cond. ¡Piedad!...
 Conde. ¡Silencio, señora!
 Cond. Pongo por testigo al cielo...
 Conde. ¿De qué? No vale la pena...
 No hagamos aquí la escena
 De *Desdémona* y *Otelo*.
 Creerá usted que como un vándalo
 Á lavar mi afrenta voy
 En su sangre... No tal. Soy
 Enemigo del escándalo.
 Ni aunque me crea ofendido
 Daré en la ridiculez.
 De reclamar ante un juez
 Mis derechos de marido.
 Esto sería ser necio,
 Aquello una vil hazaña,
 Y no merece mi saña
 La que incurre en mi desprecio.
 Nada; en paz y cortesía,
 Sin litigios ni alboroto,
 Quede para siempre roto
 El lazo que nos unía.
 Cond. ¡Ingrato! tú le rompiste
 Antes que un leve pretexto...
 Conde. No más, señora. Detesto
 Las discusiones.

Cond. ¡Ay triste!
 ¡Óyeme! Á tus pies...
 Conde. ¡Eh! quieta.
 (Deteniéndola.)
 (¡Ni por esas! No me ablando.)
 Siento pasos...
 (Mirando hacia la puerta de la derecha.)
 ¡Ah!... Volando,
 (Tomando la careta de la condesa y dándosela.)
 Póngase usted la careta.
 (La condesa se la pone.)

ESCENA XVI

EL CONDE, LA CONDESA, RUFINA,
 DON ALEJO

(Rufina trae puesta la careta.)

Alejo. Pues te has empeñado, entremos,
 Pero... — ¡Allí le tienes!

Conde. (Bajando la voz.)
 ¡Hola,

Don Alejo!

Alejo. Señor conde...
 Ruf. ¡También ella!

(En voz baja á don Alejo.)

Alejo. (¡Aquí fué Troya.)

Conde. ¿Vendrás, sin duda, á buscar
 (Á Rufina.)

Á tu...hermana?

Ruf. Sí; yo... Ahora...
 (Turbada.)

Conde. Ahí la tienes.

Ruf. ¡Con... careta!

Conde. Sí; á pesar de la congoja,

Yo no me atreví á quitársela,

Porque el hombre que blasona

De bien educado nunca

Tales licencias se toma.

Alejo. (¿Será posible...?) Es decir

Que... usted todavía ignora...

Conde. ¿Y para qué he de informarme

De lo que nada me importa?

Cond. (¡Oh Dios!...)

Alejo. Tan fresco lo dice
 (Aparte con Rufina.)

Y tan sin pena ni gloria

Que será fuerza creerle.

Conde. Por fortuna fué de corta

Duración el parasismo...
 ¡Válgate Dios por carroza!

Con que ¿volcó?

Alejo. No es extraño;

La noche estaba tan lóbrega...

Conde. El bruto de mi cochero

Habrá bebido unas copas...

Mañana le diré yo

Cuántas son cinco. ¡No es cosa!

¡Apear de esa manera

Á gentes que tanto me honran! —

Y ustedes ¿se han lastimado?...

Alejo. No, señor. Mi... Esta señora

Perdió también el sentido;

Pero pesa diez arrobas...

(¡Ay! algo más, que la tara

Del matrimonio no es floja.)

Y aunque mi amor es inmenso

Mis fuerzas eran muy cortas

Para cargar con el dulce

Volumen de su persona.

Viéndola al fin recobrada

De su afección espasmódica...

Ruf. ¡Calla, necio!

Alejo. Es muy amable.

Lo que es eso, ¡uh! como pocas. —

Pero ¿qué es de nuestro amigo...

Don Nazario?

Conde. Hace una hora

Que se fué. Le despidió

Esta ciudadana incógnita...

Para siempre. — ¿No es verdad?

(Á la condesa.)

Cond. ¡Sí!

Alejo. ¿Cómo?...

Conde. Con mucha cólera. —

Los nervios de las mujeres

Tienen caprichos que asombran.

Alejo. ¿Y él... se resignó...?

Conde. Se fué

Con resolución heroica

Por esa escalera arriba...

Alejo. (Vaya, este hombre no ve gota.)

Conde. No creo ya que se muera

Por semejante bicoca

Don Nazario. Ya estará

Consolándose con otra. —

Mas ya se la habrá pasado

Á mi cochero la mona,

Y pues sanas y tranquilas

Os veo, yo estoy de sobra.

Volved al coche. — ¡Jamás

(En voz baja á la condesa.)

Vuelva yo á verte!

(La condesa deja percibir un ay comprimido.)

Alejo. (Al de Coria

Da quince y falta este bobo.)

Conde. Adiós. Yo de baile y broma...
 (Abrasado voy.) los rayos
 Esperaré de la aurora.
 (Desaparece por el foro.)

ESCENA XVII

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA

Alejo. Nada sospecha. ¡Me aturdo!
 La ceguedad de este esposo
 Raya en lo maravilloso...
 He dicho poco; en lo absurdo.

Cond. ¡Rufina!...

Ruf. El riesgo fué grave,

Mas ¿por qué temblar ahora?

Ya pasó y el conde ignora...

Cond. No. ¡Ay cielo! Todo lo sabe.

Ruf. ¿Que oigo?

Alejo. Pues ¿cómo le encuentro

Tan jovial, tan...?

Cond. ¡Ay de mí!

Alejo. ¿Aquiencia?

Cond. ¡Orgullo!

Alejo. ¡Ah, sí!

La procesión va por dentro.

Ruf. ¿Te habló?

Cond. Sí, y me vió la cara.

Alejo. ¿Y entre Nazario y el conde...?

Cond. Hablaron de un duelo...

Alejo. ¿Dónde?

Cond. ¡No sé!

Alejo. ¡Santa Clara!

Ruf. ¿Gritó? ¿Maldijo?

Cond. Al contrario;

Mas me condena ¡oh baldón!

Á eterna separación.

Alejo. Pero... ¿de él, ó de Nazario?

Cond. Con fría calma exclamó:

Sin litigio ni alboroto

Quede para siempre roto

El lazo que nos unió.

Ruf. ¿Y en el siglo en que vivimos

Eso te causa aflicción?

¡Bah! Se amansará el león

Cuando le hagas cuatro mimos.

Vamos á tu casa...

Cond. ¡Oh, no!

Ruf. Pues á la mía...

Alejo. ¡Mujer...
 (En voz baja.)
 (Le desvía.)

Ruf. ¡Eh!

Alejo. (¡Lindo! Ahora va á creer

Que el Mercurio he sido yo.)

Cond. Forzoso por esta noche
Será...

Ruf. Tu marido ignora
Dónde vivo. Ven; ya es hora...
Aprovechemos el coche. —
Y no llores ¡pesia tal!
Por un marido indigesto
Que con tan leve pretexto
Rompe el vínculo nupcial.

Alejo. (¿Hay bruja como ella?)
Ruf. Ven,
Ven á mi casa y allí
Mi amistad sincera...

Cond. Sí...
(¡Maldígala Dios, amén!)
Alejo. (Con todo hemos dado al traste.)
Ruf. Ofrece el brazo robusto
Á Adela.
Alejo. Con mucho gusto.

(Dádoselo.)
Ruf. Á mí el otro.
(Toma el otro brazo de don Alejo.)
Alejo. (¡Qué constate!)
(Vanse por la puerta de la derecha.)

ACTO TERCERO

Sala en casa de don Alejo. Puerta en el foro; otra á la derecha del actor y otra á la izquierda, ambas con cortinas. Entre las dos primeras habrá un biombo.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, RUFINA

Cond. No, vano es ya pretender
Restituirme la paz
Que para siempre perdí.
¡En hora triste y fatal
Por los consejos de usted
Me dejé ilusa arrastrar!

Ruf. El fruto de mis consejos
Todavía está en agraz.
Deja pasar unos días
Y las gracias me darás.
Si el corazón de los hombres
Se viera por un cristal
Ya el del conde tu victoria
Revelaría quizás.
Adela, ya te lo he dicho :

Los hombres de nuestra edad
Prenda que nadie codicia
No la saben apreciar.
La coquetería, Adela,
Es ya una necesidad
Del bello sexo. El amor
Sin ella es huevo sin sal;
Y si las niñas solteras
La han menester, mucho más
Las casadas por razones
Muy poderosas que están
Á tu alcance, y por lo mismo
No necesito explicar.

Cond. ¿No he dicho yo que juró
No volverme á ver jamás?

Ruf. Mudará de parecer
Cuando pase el temporal.

Cond. Yo no debí obedecerle,
Sino á sus plantas llorar,
Cuando romper me propuso
Nuestro lazo conyugal.

Ruf. Hubieras hecho, hija mía,
Una insigne necedad.

¡Nada; firme! y si, en efecto,
En aquel pecho glacial
Quedaba alguna centella
Del amoroso volcán

Con que un día amor eterno
Te juró al pie del altar,
Antes desdenosa y fiera
Rendirle conseguirás
Que postrándote á sus pies
Con degradante humildad.
Eso fuera confesarle
Las soñadas culpas...

Cond. ¡Ay!
Sobrado culpable fui...

Ruf. ¿Por endosarte un disfraz
Para embromar á un mancebo,
Y bailar con él un vals,
Y darle tu brazo?... ¡Miren
Qué pecado capital,
Cuando á él no tiene por dónde
Desecharle Satanás!

No des tu brazo á torcer;
Vea que no se te da
De su cariño un ardite;
Y una de dos : ó leal
Pedirá reconciliarse
Con su perdida mitad,
Ó si su gracia te niega
Por un desliz tan venial,
Dará una prueba evidente
De que es ya su alma incapaz
De quererte. Si tal hace
Su ingratitud llorarás
Al principio, mas no exigen
Ni Dios ni la sociedad

ESCENA II

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA

Cond. ¿Le ha visto usted?

Alejo. Viaje inútil.
Había salido ya.

Cond. ¡Al campo!

Alejo. Lo dudo. Hoy hace
Un frío de Barrabás.

Cond. Pero usted ¿no ha preguntado...?

Alejo. Sí, señora; á Sebastián

Su criado, á la patrona,
Y al frutero del portal;
Pero en balde. Don Nazario
Nunca dice adónde va.

Cond. ¡Oh Dios mío!

Ruf. (¿No lo dije?
Por él es todo su afán.)

Alejo. Tal vez en casa del conde...

Cond. ¡Ah! sí; vaya usted allá.

Acaso consiga usted

Si interpone su amistad

Que ese bárbaro combate

No se llegue á realizar.

Alejo. Iré, señora. Yo siempre

He sido muy servicial.

Para calmar de uno y otro

La cólera contumaz

Agotaré los recursos

De mi elocuencia trivial,

Y aunque debiera mi pecho

Sus golpes interceptar...

Cond. Sí, corra usted...

Alejo. ¿Qué es correr!

Volaré. (Lleve Caifás

Á mi mujer, pues por ella

Estoy hecho un azacán!)

(Al irse corriendo don Alejo por el foro

sale de la habitación de la derecha don

Martín.)

ESCENA III

LA CONDESA, RUFINA, DON MARTÍN

Mart. ¡Oh, mi paisana!

(Saluda á la condesa, que le devuelve
la cortesía.)

Señora... —

¿Se ha descansado? (Á Rufina.)

Ruf. Tal cual

¿Y usted?

Mart. Yo, como un costal.
Ruf. ¿Se levanta usted ahora?
Mart. No; á las diez...
Ruf. ¿No sale Irene?
Mart. En el tocador la dejo
 Á solas con el espejo.
 Dentro de un instante viene.
Ruf. Si ha cumplido el cocinero
 Las órdenes que le di...
Mart. Ya hemos almorzado; sí.
 Mil gracias por el esmero...
Ruf. Es deber de mi amistad
 Servir...
Mart. (¿Quién será esa bella?)
 Anoche, fiado en ella,
 Me tomé la libertad...
Ruf. Me hizo usted un grande honor
 Y me hubiera resentido
 Si hubiese usted preferido
 Á mi casa un parador.
Mart. No estaré mucho en Madrid.
Ruf. Eso turba mi alegría.
Mart. Y si usted vuelve algún día
 Por Valencia la del Cid...
Ruf. Se entiende. Sin más aviso,
 En casa de usted me hospedo.
Mart. Á la calle de Toledo,
 Si ustedes me dan permiso,
 Voy ahora...
Ruf. Usted lo tiene.
Mart. Un encargo de interés...
Ruf. Sí.
Mart. Saludo...
Ruf. Hasta después.
Mart. ¡Á ver si sales, Irene!
 (Á la puerta de la derecha.)
 (Vuelve á saludar y vase por el foro.)

ESCENA IV

LA CONDESA, RUFINA

Ruf. ¿Quién dirá que es valenciano
 El plomo de don Martín? —
 Sin duda á la chica trae
 Para que tome un barniz
 De corte... — ¡Qué! ¿te retiras?
 (Viendo á la condesa en ademán de
 retirarse.)
Cond. No estoy para recibir
 Á nadie. Avíseme usted
 Si alguna nueva feliz...
 Que no espero...
Ruf. ¿Por qué no?

Cond. Porque en mal hora nació.
Ruf. ¡Qué infundado desaliento!
 No tendrá efecto la lid...
 Mas ya siento las pisadas
 De Irene... Espéreme allí.
 (La condesa se retira por la puerta de la
 izquierda.)

ESCENA V

RUFINA, IRENE

Irene. ¡Paisana y señora mía!
 (Abrazando á Rufina.)
Ruf. ¡Querida Irene!
Irene. Por fin
 Nos podemos abrazar.
Ruf. (¡Quién se volviera reptil!)
 Mi gozo...
Irene. Un beso.
 (Besando á Rufina.)
Ruf. (¡El de Judas!)
 (Besando á Irene.)
Irene. Anoche con el trajín
 Del baile apenas nos vimos.
 Tuvo papá la pueril
 Idea de conservar
 Su incógnito marroquí
 Para embolismar á usted,
 Y luego ocurrieron mil
 Aventuras; mi desmayo,
 El ataque brusco y ruín
 Con que á papá saludó
 Gentecilla baladí...
Ruf. Moro de máscara es siempre
 Víctima en este país.
Irene. Cuando recobré el sentido
 Y cerca de usted me vi
 Quise pronunciar su nombre,
 Pero usted me dijo ¡chit!...
Ruf. Yo tenía mis motivos...
Irene. Y como después me fui
 Y usted se quedó...
Ruf. Sí. — Y, vamos;
 ¿Vienes contenta á Madrid?
Irene. Mucho; y por más de una causa.
Ruf. ¡Calle!...
Irene. Mi novio está aquí.
Ruf. ¿Tu novio?
Irene. Y es, aunque yo
 No lo debiera decir,
 Guapo mozo. Don Nazario...
 Usted le conoce.
Ruf. ¿Sí?

(Más de lo que tú presumes.)
 ¿Será don Nazario Ruiz?...
Irene. El mismo.
Ruf. Estuvo en Valencia...
Irene. Cierto.
Ruf. Allá le conocí...
 Y aquí también.
Irene. En el baile
 Estuvo... ¡hecho un figurín!
Ruf. ¿Cómo? ¿Le viste?
Irene. Y le hablé.
Ruf. ¿Le llegaste á descubrir
 Tu cara?
Irene. Estaba papá
 Muy cerca, y no me atreví;
 Pero él me reconoció
 Al instante.
Ruf. ¡Oiga! (Algún *quid*
Pro quo... Como se hizo doble
 El dominó carmesi...)
Irene. El instinto de su amor...
Ruf. ¡Oh! tienen mucha nariz
 Los novios. (¡Tonta!)
Irene. ¿Quién sabe
 Si de Valencia del Cid
 Le escribieron mi llegada?...
 Lo que yo puedo decir
 Es que ahora está más que nunca
 Enamorado de mí.
Ruf. (¡Necia!) ¿Y te habló?
Irene. Dos palabras...
 No le dejé proseguir,
 Porque papá... ¡Qué entusiasmo
 Aquel, qué fuego...!
Ruf. (¡Infeliz!)
Irene. Dame las señas, me dijo,
 De tu casa; se las di...
Ruf. (¡Qué oigo!)
Irene. Y hoy le espero...
Ruf. (¡Bien!)
 Se encontrará el adalid
 Entre dos fuegos.) Irene...
 Tengo lástima de ti.
Irene. ¿Por qué?
Ruf. Nazario te engaña.
Irene. ¿Será posible?...
Ruf. Es un vil,
 Un traidor.
Irene. ¿Qué dice usted?
Ruf. Yo no acostumbro á mentir.
 Sin motivos poderosos
 No le trataría así.
Irene. Pero ¡Dios mío! las cartas
 Que me solía escribir,
 Sus juramentos...
Ruf. ¿Te había
 De confesar su deslíz?
Irene. ¿Y la amorosa ternura

Con que anoche...?
Ruf. ¡Galopín!
 Te tuvo por otra.
Irene. ¿Cómo?
Ruf. Está siendo el Amadís
 De cierta linda condesa,
 Por cuyo talle gentil
 Tal vez en este momento
 Tiene la vida en un tris.
Irene. ¡Ingrato! Pero tal vez
 Algún enemigo ruín
 Le ha calumniado...
Ruf. No, Irene.
 (¡Bravo! ¡Qué guerra civil
 Se va á armar!...) Te daré pruebas
 Con que puedas confundir
 Al pérfido.

ESCENA VI

RUFINA, IRENE, UN CRIADO

Criado. Don Nazario
 (Desde la puerta del foro.)
Ruiz.
Ruf. Ya lo tienes ahí.
Irene. Bien; ¡parezca ante su juez
 Y dóblele la cerviz!
Ruf. ¡Locura! En casos como éste
 Más aprovecha el ardid
 Que la violencia. Tras de esta
 Cortina puedes oír
 Lo que hablemos, y sabrás
 Lindezas.
Irene. Pero...
Ruf. ¡Anda!
 Di
 (Al criado.)
 Á ese caballero que entre.
 (Vase el criado.)
Irene. No sé si podré sufrir...
Ruf. ¡Que viene! (Empujándola.)
Irene. (¡Más me valiera
 (Escondiéndose detrás de la cortina de la
 puerta de la derecha.)
 No haber venido á Madrid!)

ESCENA VII

IRENE, RUFINA, DON NAZARIO

Naz. Señora, si he de juzgar
 Por la talla y por el talle,

Es usted la amiga... ¡Calle!
Esa cara... ¡Es singular...!
Ruf. ¿Mi cara?
Naz. No; la aventura...
La extraña coincidencia...
¿No estuvo usted en Valencia?...
Ruf. Sí. (¡Oh memoria de amargura!)
Naz. Momentos muy agradables
Pasamos..., aunque confieso...
Ruf. Sí, sí...
(Separándose del sitio donde está Irene,
y siguiéndola don Nazario.)
(¡Maldito! no es de eso
de lo que yo quiero que hables.)
Naz. En tal bulla, en tal estruendo
Anda solícito el diablo
Y uno...
Ruf. Cierto. (Bajando la voz.)
Irene. (Ni un vocablo
de lo que dicen entiendo.)
Ruf. Aquello todo fué broma,
Y si usted lo tomó al pie
De la letra...
Naz. Broma fué;
(Sonriéndose.)
Sí.
Ruf. Con su pan se lo coma. —
Mas si para dama no,
Bien ve usted, aunque lo diga
Mi labio, que para amiga
Valgo lo que peso yo.
Irene. (¡Me consumo!)
Naz. Ciertamente;
Y esa prueba de virtud
Empeña mi gratitud
Y mi respeto...
Ruf. (¡Insolente!)
Hablemos de la condesa.
(Acercándose otra vez á la puerta de la
derecha y alzando la voz.)
Naz. Me dijo que aquí...
Ruf. Y puntual
Fué á la cita.
Irene. (¡Ay! por mi mal
ahora oigo bien.)
Ruf. (¡Chúpate esa!)
(Mirando con maligna complacencia hacia
donde está Irene.)
Naz. Á la verdad, no creí,
Después del vuelco del coche
Y lo demás que hubo anoche,
Que la encontraría aquí.
Ruf. Amor por todo atropella.
Irene. ¿Eh? ¿Qué tal la condesita?...
¡Pero esa mujer maldita
Está de acuerdo con ella!)
Ruf. Y usted, que siempre la guiso,

Ahora con mayor razón...
Naz. No sé... Su fatal pasión
Es para mí un compromiso...
Irene. (¿Qué oigo?)
Ruf. ¿Cómo?...
Naz. El mío fué,
Mas que amor, vago capricho...
Irene. (¡Alma, respira!)
Ruf. (¿Qué ha dicho?)
Naz. Otra es dueña de mi fe...
Irene. (¡Oh gozo!)
Ruf. (¿Sabrá que Irene
Está aquí?)
Naz. Mientras mi ausencia
Llora la pobre en Valencia...
Irene. (¡Oh!...)
Ruf. Hablar más bajo conviene.
(Bajando la voz y volviendo á separarse
hacia la izquierda.)
(Nada sabe. Aun no desmayo.)
Si le oye á usted la condesa
En su pecho la sorpresa
Hará el efecto del rayo.
Irene. (Otra vez la falsa amiga
Baja la voz. No interpreto
Cuál pueda ser el objeto
De su diabólica intriga.)
Ruf. ¿Será usted, hombre inconstante,
Tan mal caballero ahora
Que abandone á una señora
En conflicto semejante?
Naz. No habrá quien de tal me arguya.
Por mi está comprometida,
Y yo sabré dar mi vida
En rescate de la suya;
Pero si me acierta el tiro
Que mi rival me previene,
¡Para ti, querida Irene,
Será mi último suspiro!
Ruf. (¡Qué retroceso!... Urge ya
Que la condesa le vea.)
¡Morir! ¡Qué funesta idea!
No; todo se arreglará.
Voy á decirle que usted
Está aquí.
Naz. ¿Me espera á mí?
Ruf. ¡Y con qué impaciencia!
Naz. ¿Sí?
(Complacido.)
Ruf. ¡Oh!... Vuelvo. (Caerá en la red.)
(Entrando en la habitación de la izquierda.)

ESCENA VIII

IRENE, DON NAZARIO

Naz. (Á las dos de la mañana
(Sentándose.)
Era mi mejor amigo
El buen conde... ¡y á las dos
De la tarde nos batimos!)
Irene. (Solo ha quedado. ¿Saldré...?
No. Según Rufina dijo
Le espera aquí la condesa,
Y aunque sepa ser testigo
De mi derrota, apurar
Hasta la hez determino
La copa de la amargura.)
Naz. (Sería un villano indigno
De mi nombre si volviese
Á la vista del peligro
La espalda.)
Irene. (¡Cómo cavila!
Ó me engañan los indicios,
Ó, en efecto, pesaroso
Está de haberme ofendido.)
Naz. (Si ahora mi cómplice hermosa
No agradece mis servicios,
Y saco de la refriega
Cuando menos un buen chirlo,
Y en las márgenes del Turia
Se sabe mi desafío,
Y, por ende, en justa pena
De mi presunto delito,
Irene me destituye
De su gracia, ¡me he lucido!)
Irene. (Suya es mi fe. De su boca
Lo of. Frívolo capricho,
No tierna pasión, le atrajo
Á esa mujer que maldigo.)

ESCENA IX

IRENE, DON NAZARIO, EL CONDE

Conde. (¡Perfectamente! Su padre
(Á la puerta del foro.)
No está en casa. Me lo ha dicho
El criado. — ¡Oiga! Un galán...
(Viendo de perfil á don Nazario, que está
muy absorto en sus meditaciones.)
¡Y es don Nazario!...
Sí; el mismo.
(Adelantándose un poco y en términos que
el biombo impida que Irene le vea.)
¡Es mi sombra! ¿No le basta

Mi mujer á ese maldito
Que me disputa también...?
Yo he de saber... No me ha visto...
¡Ah! este biombo... En él me oculto...)
(Lo hace.)

Irene. (¡No viene!)
(Tanto Irene como el conde asomarán de
cuando en cuando y con precaución la
cabeza desde su escondite respectivo, y
mirando siempre ambos al sitio y á los
interlocutores que absorben en el mo-
mento todo su interés.)
Conde. (Desde aquí atisbo.)
(Desde el extremo del biombo más distante
del foro.)
Naz. (Ya tarda... (Levantándose.)
No; ya está aquí.)
(Mirando por la puerta de la izquierda.)
Irene. (Ya viene.)
(Aparecen la condesa y Rufina.)
Conde. (¡Cielos! ¿qué miro!)

ESCENA X

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO,
IRENE, EL CONDE

Naz. Señora...
Cond. Mi desconsuelo
Cesa al ver á usted.
Conde. (¡Qué tal!)
Cond. Pues es segura señal
De que no permite el cielo
Que corra la sangre...
Naz. ¿Cuál?
Cond. ¿Á qué negarlo? Yo sé...
Pero acaso ya no es hora
De impedir... ¿El conde...?
Naz. Á fe
Que no le he visto, señora,
Desde el lance del café
Cond. ¿Palabra de caballero?
Naz. Sí.
Cond. Mas mi angustia no cesa
Si no me hace usted promesa
Solemne...
Naz. ¿De qué?
Cond. No quiero
Que usted se bata.
Naz. ¡Condesa!...
Irene. (¡Miren si toma interés
Por él!)
Conde. (¡Me ahoga el furor!)
Naz. Exija usted de mi amor
Que caiga muerto á esos pies,